

IN MEMORIAM

REV. ANDRÉS ROBERT, P. S. S.

per ALBERTO COLUNGA, O. P.

Cuando el pasado año 1954 se propuso la Universidad de Salamanca celebrar el séptimo centenario de su fundación y para ello la Universidad Eclesiástica organizó, entre otras cosas, una semana internacional de estudios bíblicos, uno de los que correspondieron con mejor voluntad a la indicación de la Universidad fué el sacerdote Andrés Robert, miembro de la Sociedad de S. Sulpicio y profesor del Instituto Católico de Paris. Al presentarse en Salamanca todos quedaron gratamente sorprendidos por la gravedad en su porte sacerdotal y por su conversación amable. Según él declaró en la intimidad, venía a Salamanca con cierto recelo por el temor de encontrarse en medio de una tropa de inquisidores; pero luego se tranquilizó al hacerse cargo del espíritu científico que reinaba en los claustros de la Universidad salmantina.

En su intervención científica desarrolló el tema del género literario del Pentateuco, tema, a la verdad, delicado, pero que el conferenciante supo tratar con grande competencia, y con no menor tino. Esperamos que dentro de poco nuestros lectores podrán leer su conferencia en el volumen de la Semana Bíblica y por esto nos abstenemos de emitir sobre él juicio alguno.

Con grande sentimiento recibimos hace algunas semanas la tarjeta de defunción del venerable sacerdote y docto profesor, acontecida en el pasado mes de mayo, cuando estaba para jubilarse de la enseñanza. Estas circunstancias nos mueven a presentar a los lectores de «*Salmanticensis*» una semblanza exegética del abate A. Robert. No ha de ser un trabajo completo, porque para ella necesitaríamos tener a la mano todas las publicaciones de su larga vida profesional; sino un punto de capital importancia y más en el momento exegético presente.

Cuanto podemos juzgar por los escritos que de él conocemos, la materia de su especialidad fueron los libros históricos del Antiguo Testamento. De su competencia científica y de su juicio equilibrado en tantos problemas espinosos por lo controvertidos, señalaremos a nuestros lectores dos hechos. Y es el primer ser nuestro abate A. Robert, con su colega el abate Tricot, el director de la *Initiation Biblique*, obra en que una mul-

titud de especialistas en diversas disciplinas han ofrecido una completa introducción a la S. Escritura, que en pocos años ha tenido ya varias ediciones. Otra obra más importante están publicando los escriturarios franceses y de la cual llevaba la dirección el abate A. Robert, el *Dictionnaire Biblique*, publicado bajo la dirección del abate F. Vigouroux. El llorado abate L. Pirot había comenzado la publicación de un Suplemento al mismo con la amplia cooperación de muchos especialistas. A la muerte del primer director del Suplemento fué elegido para proseguir su obra nuestro abate A. Robert. No tememos equivocarnos al ver en estos dos hechos una prueba de la estima en que era tenido, tanto por su ciencia como por su moderación y criterio equilibrado, pues ambas cosas son necesarias en obras en que concurren muchos. En confirmación de esto queremos ofrecer a nuestros lectores algunos puntos tomados de las dos mencionadas obras. En la *Initiation Biblique* llevan la firma de nuestro abate la introducción a los libros históricos y sapienciales del A. T. y los géneros litúrgicos de los mismos libros. Estos dos problemas, íntimamente ligados entre sí, son los problemas fundamentales de la exégesis del Antiguo Testamento, los cuales han recibido nuevas direcciones en los documentos últimos de la Santa Sede. Interesa, pues, el conocer en qué manera un exégeta distinguido, como fué el abate A. Robert, ha entendido esos documentos y cómo intentó aplicarlos a la solución de los problemas susodichos.

El más grave problema, que en la primera sección se ofrece es la introducción al Pentateuco. Sobre el tan discutido origen de los primeros cinco libros de la Biblia es mucho lo que se ha discutido y sobre ellos ha hablado últimamente la Iglesia por medio de la P. C. B. Nuestro autor lo tiene muy en cuenta. Después de exponer detalladamente los datos que el texto sagrado nos ofrece sobre su origen, los resume diciendo que «los diferentes órganos de la tradición concuerdan en la afirmación general de que *Moisés ha escrito*. Un testimonio tan universal es un hecho que no puede ser descartado *a priori*, pero que pide una explicación. Sin embargo, la tradición no dice en ninguna parte que Moisés haya escrito todo el Pentateuco, pues sólo habla de esto en términos generales y varias veces menciona como escritos por Moisés algunos pasajes. Tampoco, aún en la época posterior al destierro dominada por los principios legistas más rígidos, los autores inspirados establecen una línea precisa de determinación entre la actividad literaria del primer profeta y los subsiguientes. Estas imprecisiones, lejos de oponerse a la investigación crítica, más bien la están pidiendo.

Sentados estos principios acerca de la tradición, añade las siguientes observaciones sobre el carácter literario del Pentateuco: La primera mira al fondo, así de los relatos históricos, como de las leyes, en los cuales «existe desconcierto y desorden». La segunda toca a la forma, en la cual se advierten diferencias en el vocabulario, en la sintaxis, en el estilo y en los

procedimientos generales de composición. La tercera mira al empleo variable de los nombres divinos, y, finalmente, la cuarta se refiere a lo que es consecuencia de los precedentes, la existencia de narraciones dobles, o sea, la repetición de un mismo dato fundamental con divergencias más o menos notables.

La crítica protestante basaba sus conclusiones, primeramente, en ciertos principios filosóficos opuestos a la fe católica; luego en los hechos que el Pentateuco nos ofrece. Los primeros quedan abandonados, los segundos están pidiendo un atento estudio y una solución. Estos fenómenos literarios son hechos y el método empleado para destacarlos es legítimo. Salvo los errores posibles en su aplicación y, atendida la certeza que cabe en los problemas literarios, de las observaciones precedentes parece deducirse la imposibilidad de sostener la unidad de redacción del Pentateuco, antes en él se deben reconocer indicios que sugieren la existencia de varias líneas paralelas, que se podían llamar, según los diversos puntos de vista, documentos o tradiciones. De todos modos se verá en ellos la expresión de creencias, de preocupaciones y de lenguaje, no sólo de un autor determinado, sino de un ambiente, de una escuela y no sólo del tiempo donde se sitúe la redacción, sino del pasado. Es el sentido que la mayor parte de los exégetas actuales dan hoy a las siglas J. E. D. P.

Y termina su exposición diciendo que las reflexiones precedentes muestran de qué manera se concibe hoy el problema del Pentateuco y hacia qué solución se orienta, ambas cosas bien distintas de las de hace cincuenta años.

Estos mismos principios aplica a otros libros del Antiguo Testamento. Así parece aceptar las sentencias de los críticos actuales, que reconocen en Josué la existencia de elementos deuterocanónicos y sacerdotales, aunque su atención se fija sobre todo en las antiguas tradiciones incorporadas al libro, las cuales, aunque se pueden repartir en dos series paralelas, pero en realidad son complejas y difíciles de identificar. Diversas por su objeto, lo son también por su origen. Esto, que para algunos pudiera ser principio de escepticismo, es más bien garantía de su veracidad. Pero sobre todo no se debe perder de vista el fin religioso de la obra, que aquí consiste en mostrar de qué modo se han realizado maravillosamente las promesas divinas.

Sobre los libros de las Crónicas observa muy bien lo que es para todos claro, que sus fuentes son libros canónicos que no cita, y otros que estaban fuera del canon y que cita con frecuencia. El singular tratamiento a que somete los libros canónicos lo podemos conocer por el estudio comparativo de ambos. Podemos asimismo suponer que su actitud hacia los documentos extracanónicos es la misma. Cuanto al espíritu, que informa la composición de la obra, nota el abate Robert: 1.º afirma la unidad de la nación elegida, pero que el reino del Norte, al separarse de Judá y del

Templo, renunció a las promesas divinas y por eso no figura en su historia; 2.º la persona de David tiene una significación Mesianica; él es el segundo Moisés, fundador del Templo y organizador del culto divino. Desde el punto de vista teológico hay que observar la concepción muy estricta que tiene de la retribución temporal. Graves acusaciones se ha formulado contra la objetividad del cronista. La respuesta de nuestro autor se haya contenida en las siguientes palabras: «En la medida en que manifiesta sus preocupaciones culturales se explica suficientemente su actitud por las concepciones corrientes en el ambiente levítico al que pertenece el autor. Por otra parte él está muy lejos de ser inconsciente y, si su obra es para nosotros tan difícil de interpretar, la razón es que se trata de una obra sapiencial. El conoce perfectamente la historia y, aunque quisiera, no podría imponer la aceptación de una concepción diferente de los libros canónicos, que todos tenían por inspirados y verídicos. Su fin es muy otro. Es el de un escriba, que parte, no de los hechos, sino de los textos, de los cuales se sirve como de medios de demostración teológica. Su procedimiento ordinario es el de la acomodación, no desconocido entre nosotros; pero, en vez de añadir a la escritura explicaciones y razonamientos, él no ve inconvenientes de modificar el tenor mismo de los textos, que vienen así a testificar en favor de su tesis. Sepamos comprender sus intenciones y sus métodos y no nos obstinemos en pedirle lo que él no quiere decir».

Nos inclinamos a pensar que muchos lectores no alcanzarán el pensamiento del autor, el cual supone conocidos los métodos de la exégesis rabínica, que el Padre J. Bonsirven expone en la obra, a que en la nota nos remite, sobre la exégesis rabínica y paulina.

Sobre el libro de Tobías resume así su pensamiento: «Estas razones son bastantes fuertes para hacernos pensar que, si hay en la narración un núcleo hitórico, está desarrollado y embellecido, sea por una larga tradición, sea por la imaginación creadora de un hombre de talento. De todas maneras el exégeta es impotente para discernir detalladamente lo que puede pertenecer al fondo primitivo y lo que pertenece a su adorno».

Algo semejante viene a decir del libro de Judit, cuyo autor se mostraría más preocupado de la psicología y de la doctrina, que de evitar las inverosimilitudes e inconsecuencias. No se trata de recriminarle o excusarle, sino sólo de comprenderle, reconociendo que obedece a un género literario acaso desconcertante para nuestros hábitos intelectuales, pero familiar a los judíos de baja época».

Las dificultades de Esther son innegables. Lo esencial está en percibir la naturaleza del género literario utilizado por el autor, a quien todos conceden un gran conocimiento de la vida y administración del imperio persa. Pero no es menos cierto que la imaginación tiene en el libro una parte grande. La narración es conocida con arte consumado y con extraña ciencia de los contrastes. El autor tiene su manera de poner en escena

sus personajes, de hacerlos hablar y de encadenar los episodios. En semejante composición, ¿dónde se detiene la ficción? Nuestros medios actuales no nos permiten decirlo. Y el problema no puede ser resuelto *a priori*.

Son los libros de los Macabeos los postreros del Antiguo Testamento. Del primero dice el abate Robert, que su autor tiene la voluntad firme de narrar con exactitud los sucesos históricos. Sin embargo, esto no quita el uso de ciertos convencionalismos y deficiencias, de que el autor moderno debe saber darse cuenta. Alimentado en las Santas Escrituras, el autor tiende a ser continuador de la antigua historiografía, de la que toma las fórmulas y procedimientos. Como artista se deja llevar aquí y allá de su amor a la poesía, no teme emplear la hipérbole y, como hombre de su tiempo y de su ambiente, no busca redimirse de ciertas ignorancias, confusiones o apreciaciones que corren en la Palestina sobre naciones extranjeras. Pero todas estas imperfecciones de detalle no perjudican al valor histórico de la obra.

El libro segundo es algo distinto. Su género literario es el de la historiografía patética, según el gusto de su tiempo. Tal género presupone la intención, no precisamente de contar los hechos, sino de presentarlos con colores vivos y tan impresionantes que incluyan en sí mismos una lección. De aquí los caracteres particulares de su relato, que, comparado con el libro primero, puede parecernos en su conjunto muy artificial. El autor no siente escrúpulo de dejar lo esencial por lo accesorio, de confundir las perspectivas, de narrar los sucesos en ventaja de su héroe, de olvidar el juego de las causas humanas, para hacer intervenir lo sobrenatural de un modo totalmente desacostumbrado. Pero todo esto no impide que la obra encierre rasgos vivos y precisos en los que se debe reconocer la señal de una información de primera mano.

Por todos estos juicios del autor sobre los libros históricos del Antiguo Testamento entenderá el lector de qué manera intentó el abate A. Robert resolver los graves problemas, que implica cada uno de los libros sagrados.

En el Suplemento al *Dictionnaire Biblique* lleva su firma un artículo consagrado al género histórico del Antiguo Testamento. En él estudia particularmente el Pentateuco, los Reyes, los Paralipómenos y el libro de Esther (t. IV, cc. 7-23). En todos sus análisis concuerda con lo que dejamos expuesto, tomado de la *Initiation Biblique* ed. 3.^a, págs. 109-44. Pero no queremos dejar de presentar a nuestros lectores su Conclusión, en la cual declara la concepción que los autores sagrados se forman de la historia tan diferente de la que nosotros tenemos. Aun cuando se acercan más a los hechos, no los buscan por sí mismos, ni la exactitud para satisfacer la curiosidad o las exigencias científicas. La historia bíblica es un medio, no un fin. Nunca se olvida que se halla subordinada a un fin religioso, a saber, la enseñanza doctrinal y la edificación de las almas. Tal vez haya quien juzgue esto como una nota de inferioridad; otros, en cam-

bio, tomarán como materia de su respetuosa meditación y de su admiración este fenómeno particular y buscarán los motivos que hemos de hallar en la naturaleza histórica de la religión ya vista, muy diferente de la religión de las naciones vecinas, cuyas divinidades están ligadas a los fenómenos naturales que las rodean. Yavé se reveló a Israel en el curso de su historia. El habló a los antiguos padres del pueblo y así su historia está impregnada de religión. Los historiadores sagrados seguían por este criterio y miran a comunicar a sus lectores esta idea para hacerlos vivir de ella, que es hacerlos vivir como conviene a su destino. Aquí radica el carácter de la historia de Israel, que es que la primera parte de la *Historia Sagrada*, la historia de la comunicación de la gracia de Dios a la humanidad.